



ORANS LECTIO

16 de junio de 2013



La misericordia vence al pecado.

2S 12, 7-10. 13:
El Señor perdona tu pecado. No morirás.

Sal 31:
Perdona Señor, mi culpa y mi pecado.

Ga 2, 16. 19-21:
No soy yo, es Cristo quien vive en mí.

Lc 7, 36-8,3:
Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor.

DOMINGO XI ORDINARIO "C"

Lectura del Evangelio de san Lucas



Un fariseo invitó a Jesús a comer. Entró en casa del fariseo y se reclinó en el sofá para comer. En aquel pueblo había una mujer conocida como una pecadora; al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de perfume, se colocó detrás de él, a sus pies, y se puso a llorar. Sus lágrimas empezaron a regar los pies de Jesús y ella trató de secarlos con su cabello. Luego le besaba los pies y derramaba sobre ellos el perfume. Al ver esto el fariseo que lo había invitado, se dijo interiormente: «Si este hombre fuera profeta, sabría que la mujer que lo está tocando es una pecadora, conocería a la mujer y lo que vale.» Pero Jesús, tomando la palabra, le dijo: «Símon, tengo algo que decirte.» Símon contestó: «Habla, Maestro.» Y Jesús le dijo: «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientas monedas y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a ambos. ¿Cuál de los dos lo querrá más?» Símon le contestó: «Pienso que aquel a quien le perdonó más.» Y Jesús le dijo: «Has juzgado bien.» Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Símon: «¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me ofreciste agua para los pies, mien-

tras que ella me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú no me has recibido con un beso, pero ella, desde que entró, no ha dejado de cubrirmelos pies de besos. Tú no me ungiste la cabeza con aceite; ella, en cambio, ha derramado perfume sobre mis pies. Por eso te digo que sus pecados, sus numerosos pecados, le quedan perdonados, por el mucho amor que ha manifestado. En cambio aquel al que se le perdona poco, demuestra poco amor.» Jesús dijo después a la mujer: «Tus pecados te quedan perdonados». Y los que estaban con él a la mesa empezaron a pensar: «¿Así que ahora pretende perdonar pecados?» Pero de nuevo Jesús se dirigió a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz.»

Jesús iba recorriendo ciudades y aldeas predicando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y también algunas mujeres a las que había curado de espíritus malos o de enfermedades: María, por sobrenombrada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de un administrador de Herodes, llamado Cusa; Susana, y varias otras que los atendían con sus propios recursos.

PREPARACIÓN:

- **Señal de la Cruz**
- **Invocación al Espíritu Santo:**

Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos
el fuego de tu amor.
Envía, Señor, tu Espíritu
y todo será creado.

**R/. Y renovarás la faz
de la tierra.**

Oh Dios
que iluminas los corazones de
tus fieles con la luz del Espíritu
Santo:
concédenos sentir rectamente,
según el mismo Espíritu,
para gustar siempre el bien
y gozar de su consuelo.
Por Jesucristo Nuestro Señor.

R/. Amén.

- **Ave María** (prender vela icono)
- **Gloria**
- **¡Silencio!** Dios va a hablar



1º Lectio

¿Qué dice el texto en sí mismo?

1. Lectura lenta y atenta del texto
2. Silencio
3. Releer
4. Reconstruir el texto
5. Entender el sentido del texto en sí:

Catequesis Dominical

LA PALABRA DE DIOS

El pecado está en la vida de todo hombre. Pero la misericordia de Dios también es para todos. Entre una realidad y otra, la vida cristiana se desarrolla en el arrepentimiento y la confianza en la misericordia divina.

Dios está dispuesto a perdonar los mayores pecados, como el de David, cuando media el arrepentimiento.

La síntesis de la Buena Noticia anunciada por san Pablo es que el cristiano es justificado por la fe en Cristo, y no por cumplir los preceptos de la antigua ley de Moisés.

El Evangelio según san Lucas es conocido como el de la misericordia de Dios.

«**Tus pecados están perdonados**». Destaca en este relato la gratitud y la alegría por el perdón. Todos los gestos de esta mujer muestran que a Jesús le debe todo: «**sus muchos pecados están perdonados**». El gozo la inunda. Y la gratitud también. La mujer va a Jesús con fe en Él y con arrepentimiento perfecto, que obtiene de Dios el perdón aun antes de la absolución externa manifestada por Jesús. Sus lágrimas no son sólo de arrepentimiento, sino de alegría, de gozo agraciado por el perdón obtenido. Su amor a Jesús es la respuesta de quien se sabe amada generosamente, gratuitamente; es respuesta a aquel que la amó primero (cf. 1Jn 4,19). El verdadero arrepentimiento es el movido por el amor. No hay pecado que Jesús no perdone. Tiene el poder de Dios.

«**Tu fe te ha salvado**». Como buen discípulo de san Pablo, san Lucas sabe bien que sólo Jesús sal-

va, y que esta salvación se acoge por la fe. Esta mujer se sabe sin méritos propios. No se ha salvado ella: ha sido salvada. Ella ha creído en Jesús, se ha fiado de Él; y Jesús ha volcado sobre ella todo su poder salvífico convirtiéndola en una mujer nueva.

«**Has juzgado rectamente**». Todo esto es lo que muestra claramente la parábola que Jesús propone a Simón el fariseo. La parábola es de una lógica aplastante. Sin embargo, Simón no es capaz de sacar sus consecuencias en el plano religioso. El fariseo que todos llevamos dentro se rebela ante el hecho de recibir la salvación como don gratuito. Quisiéramos poder exhibir derechos ante Dios, quisiéramos no depender de Él totalmente. La gratitud y el gozo son los mejores signos de que hemos sido salvados.

El arrepentimiento es una gracia divina que hay que pedir para descubrir el pecado y amar a Dios sobre todas las cosas por Él mismo.

LA FE DE LA IGLESIA

La misericordia y el pecado (1846 – 1848)

El **Evangelio** es la revelación, en Jesucristo, de la **misericordia de Dios con los pecadores**. El ángel anuncia a José: «*Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados*». Y en la institución de la Eucaristía, sacramento de la redención, Jesús dice: «*Esta es mi sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados*».

«*Dios nos ha creado sin nosotros, pero no ha querido salvarnos sin nosotros*» (S. Agustín). La aco-gida de su misericordia exige de nosotros la **confesión** de nuestras faltas. «*Si decimos: "no tenemos pecado", nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia*».

Como afirma san Pablo, «*donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*». Pero para hacer su obra, la gracia debe **descubrir el pecado** para convertir nuestro corazón y conferirnos «*la justi-*

cia para la vida eterna por Jesucristo nuestro Señor». Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su **palabra** y su **espíritu**, proyecta una luz viva sobre el pecado.

La conversión exige el **reconocimiento del pecado**, y éste, siendo una verificación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: «*Recibid el Espíritu Santo*». Así, pues, en este «convencer en lo referente al pecado» descubrimos una “doble dádiva”: el **don de la verdad de la conciencia** y el **don de la certeza de la redención**. El Espíritu de la verdad es el Paráclito.

La misericordia vence al pecado (1849 – 1851)

El pecado es una falta **contra la razón**, la verdad, la conciencia recta; es **faltar al amor** verdadero para con Dios y para con el prójimo a causa de un apego perverso a ciertos bienes. **Hiere la naturaleza** del hombre y **atenta contra la solidaridad** humana. Ha sido definido como “una palabra, un acto o un deseo contrarios a la ley eterna”.

El pecado es una **ofensa a Dios**: «*Contra ti, contra ti sólo he pecado, lo malo a tus ojos cometí*» (Sal 51, 6). El pecado se levanta contra el amor que Dios nos tiene y aparta de Él nuestros corazones. Como el primer pecado, es una **desobediencia**, una **rebelión** contra Dios por el deseo de hacerse “como dioses”, pretendiendo conocer y determinar el bien y el mal. El pecado es así “amor de sí hasta el desprecio de Dios”. Por esta **exaltación orgullosa** de sí, el pecado es diametralmente opuesto a la obediencia de Jesús que realiza la salvación.

En la Pasión, la **misericordia de Cristo vence al pecado**. En ella, es donde éste manifiesta mejor su violencia y su multiplicidad: incredulidad, rechazo y burlas por parte de los jefes y del pueblo, debilidad de Pilato y crueldad de los soldados, traición de Judas tan dura a Jesús, negaciones de Pedro y abandono de los discípulos. Sin embargo, en la hora misma de las tinieblas y del principio de este mundo, el **sacrificio de Cristo** se convierte secretamente en la fuente de la que brotará **inagotable el perdón** de nuestros pecados.

La contrición (1451 – 1453)

La contrición es un **dolor** del alma y una **detestación** del pecado cometido con la **resolución** de no volver a pecar.

Cuando brota del amor de Dios amado sobre todas las cosas, la contrición se llama “**contrición**

perfecta” (contrición de caridad). Semejante contrición perdona las faltas veniales; obtiene también el perdón de los pecados mortales si comprende la firme resolución de recurrir tan pronto sea posible a la confesión sacramental.

La llamada “**contrición imperfecta**” (o “atripción”) es también un don de Dios, un impulso del Espíritu Santo. Nace de la consideración de la fealdad del pecado o del temor de la condenación eterna y de las demás penas con que es amenazado el pecador. Tal commoción de la conciencia puede ser el comienzo de una evolución interior que culmina, bajo la acción de la gracia, en la absolución sacramental. Sin embargo, por sí misma la contrición imperfecta no alcanza el perdón de los pecados graves, pero dispone a obtenerlo en el sacramento de la Penitencia.

¿Uno podría pedir perdón directamente a Dios, sin confesarse con un hombre? Siempre se puede, y se debe, pedir perdón a Dios; pero Dios, el único que puede perdonar los pecado, ha querido conceder su perdón ordinariamente sólo **por el ministerio de la Iglesia**, en el **Sacramento de la Penitencia**, a través de la absolución del sacerdote. Cristo ha conferido este poder de perdonar pecados a los sacerdotes para que lo ejerzan en su nombre. Además, la reconciliación con la Iglesia, representada en el sacerdote, es inseparable de la reconciliación con Dios.

El Sacramento de la Penitencia produce una verdadera “**resurrección espiritual**”: nos reconcilia con Dios, nos reconcilia con la Iglesia, nos perdonan la pena eterna contraída por los pecados mortales, nos perdonan parte de la pena temporal merecida por nuestros pecados, nos devuelve la paz de la conciencia y nos aumenta las fuerzas espirituales para nuestra lucha cristiana contra el mal.

Conviene preparar la recepción del sacramento de la Penitencia mediante un **examen de conciencia** hecho a la luz de la Palabra de Dios. Para esto, los textos más aptos a este respecto se encuentran en el Decálogo y en la catequesis moral de los evangelios y de las cartas de los apóstoles: Sermón de la montaña y enseñanzas apostólicas (Rm 12-15; 1 Co 12-13; Ga 5; Ef 4-6, etc.).

LOS TESTIGOS DE LA FE

San Jerónimo

«*Cuando los fieles de Cristo se esfuerzan por confesar todos los pecados que recuerdan, no se puede dudar que están presentando ante la misericordia divina para su perdón todos los pecados que han cometido. Quienes actúan de otro modo y callan conscientemente algunos pecados, no están presentando ante la bondad divina nada que pue-*

da ser perdonado por mediación del sacerdote. Porque “si el enfermo se avergüenza de descubrir su llaga al médico, la medicina no cura lo que ignora».

Compartir en Cristo

Contemplación, vivencia, misión:

Quien no haya experimentado la misericordia de Dios Amor en la propia “nada”, nunca será capaz de amar y anunciar a Cristo con pasión. Esta experiencia la tuvo Pablo, Agustín de Tagaste, Carlos de Foucauld o también Teresa de Lisieux, quien se consideraba más perdonada que la “Magdalena”. Entonces se tiene siempre tiempo para la relación personal con Cristo, como prioridad pastoral. Así el apóstol demuestra ser coherente y signo creíble de la misericordia, para servir a todos los hermanos. Ser vaso de arcilla no es impedimento para vivir “injertado” en Cristo (por el bautismo) o para “insertarse” en su “yo” y poder decir, en su nombre, “yo te absuelvo”, “esto es mi cuerpo”.

En el día a día con la Madre de Jesús:

En cualquier vocación, la gran aventura del amor, el camino de la santidad, se emprende diariamente con humildad, confianza y entrega sin rebajas, acompañados por Él y por su Madre.

evangeliodeldia.org

**“Tu fe te ha salvado.
Vete en paz”**

“No son los que están sanos los que tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos” (Mt 9,12). Enseña al médico tu herida de manera que puedas ser curado. Aunque tú no se la enseñas, Él la conoce, pero exige de ti que le hagas oír tu voz. Limpia tus llagas con tus lágrimas. Es así como esta mujer de la que habla el evangelio se quitó de encima su pecado y el mal olor de su extravío; es así como se ha purificado de su falta, lavando con sus lágrimas los pies de Jesús.

¡Resérvame para mí también, oh Jesús, el poder lavar tus pies, esos que has ensuciado mientras ca-

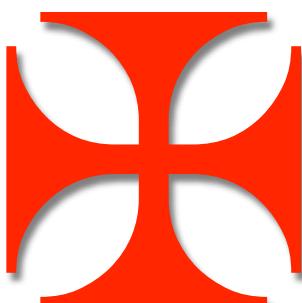
minabas conmigo!... Pero ¿dónde encontraré el agua viva con la que podré lavar tus pies? Si no tengo agua, tengo mis lágrimas. ¡Haz que, lavándote los pies con ellas, yo mismo me purifique! ¿Cómo lo haré para que puedas decir de mi: “Sus numerosos pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho”? Confieso que mi deuda es considerable y que se me ha “perdonado mucho”, a mí que he sido arrancado del ruido de las querellas de la plaza pública y de las responsabilidades del gobierno, para ser llamado al sacerdocio. Temo, por consiguiente, ser considerado como un ingrato si amo menos, siendo así que se me ha perdonado mucho.

No puedo comparar a esta mujer con cualquiera otra, ya que, con justa razón, sido preferida al fariseo Simón que recibía al Señor a comer. Sin embargo, ella enseña, a todos los que quieren merecer el perdón, que es besando los pies de Cristo y lavándolos con sus lágrimas, enjugándolos con sus cabellos, y ungíéndolos con perfume, la manera de obtenerlo... Si no podemos igualarla, el Señor Jesús sabe venir en ayuda de los débiles. Allí donde nadie sabe preparar una comida, llevar un perfume, traer consigo una fuente de agua viva (Jn 4,10), viene Él mismo.

San Ambrosio (c. 340-397), obispo de Milán y doctor de la Iglesia

La Penitencia, II, 8; SC 179

6. Frase o palabra clave



2º Meditatio

¿Qué me dice el texto a mí?

1. Meditación en silencio (música)
2. Compartir en voz alta

3º Oratio

¿Qué le digo yo al Señor como respuesta a su Palabra?

1. Oración espontánea en voz alta (alabanza, intercesión, petición, acción de gracias...)
2. Rezo de algún salmo, cántico, preces, oración escrita...

*Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
Creador, Padre
y Redentor mío;
por ser Tú quién eres,
Bondad infinita;
y porque te amo
sobre todas las cosas;
me pesa de todo corazón
haberte ofendido.*

*También me pesa
porque puedes castigarme
con las penas del infierno.*

*Ayudado por tu divina gracia,
propongo firmemente
nunca más pecar,
confesarme
y cumplir la penitencia
que me fuera impuesta.*

Amén..



4º Contemplatio

¿Qué te ha hecho descubrir Dios?

1. ¿Con qué te ha sorprendido Dios?
Disfrútalo, saboréalo.
2. ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida te pide el Señor?
3. Resonancia o eco:
repite la frase que más te haya llegado.

5º Actio

¿Qué te mueve Dios a hacer?

1. Pide luz a Dios
2. Trata de fijar un compromiso concreto
3. Revisión compromiso semana anterior

CONCLUSIÓN:

- Oración final

Padre bueno,

tú que eres la fuente del amor, te agradezco el don que me has hecho: Jesús, palabra viva y alimento de mi vida espiritual.

Haz que lleve a la práctica la Palabra que he leído y acogido en mi interior, de forma que sepa contrastarla con mi vida.

Concédemelo transformarla en lo cotidiano para que pueda hallar mi felicidad en practicarla y ser, entre los que vivo, un signo vivo y testimonio auténtico de tu Evangelio de salvación.

Te lo pido por Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.
Amén.

Padre nuestro...

- Texto próxima semana
- Encargados de preparar
- Avisos
- Canto